

su valor en aquella expedición de aventureros. Los d'Abusson, parientes del héroe de Rodas, los Langeron, los Beauveau, los Fenelon, los Gréqui, los la Rochejacquelin, los Xaintrailes, los Saint-Paul, los Gramont, los Chateau-Thierry y los Chamborant, se alistaron en esta cruzada. Turena, amigo y admirador de Mad. de Sévigné, aconsejó á su hijo que comenzase su carrera militar por esta campaña sobre la cual la religion y la distancia derramaría el prestigio que cubre siempre las cosas de Oriente. El duque de la Rochefoucauld dió á Mad. de Sévigné el mismo consejo. El jóven conde de Saint-Paul, hijo encantador de la hermosa duquesa de Longueville y de quien el duque de la Rochefoucauld pasaba por padre, levantaba un escuadron de ciento cincuenta jóvenes nobles, ganosos de empresas y de gloria. El baron de Sévigné partió con el conde de Saint-Paul. Los franceses mostraron en esa campaña un valor que honró su nombre; pero con una jactancia, insubordinación é impaciencia que perdieron la ciudad. Perecieron casi todos en las salidas imprudentes cuanto arrojadas contra un ejército de turcos. Los venecianos les echaron en cara su fogosidad y ellos por su parte censuraron á los venecianos su prudencia; dejados por el sable de los otomanos, dejaron la playa de Candia, cubierta de caláveres de sus gefes, y los que sobrevivieron se embarcaron antes de caer la plaza, dejando á la isla de Creta deplorar el funesto socorro que le habían llevado y que su inconstancia había convertido en ruina.

XIV.

La partida de su hijo para una expedición tan caprichosamente concebida y tan caprichosamente abandonada costó algunas lágrimas á Mad. de Sévigné; pero estas lágrimas fueron pronto secadas por una sonrisa de su hija. Nada faltaba profundamente á su corazón mientras le quedase su hija. Su ternura misma tiene un acento ligero cuando habla á sus amigos de esa ausencia de su hijo.

«Creo que ignorais, escribe, que mi hijo ha ido á Candia con el duque de la Fenillade y el conde de Saint-Paul; le ha asaltado fuertemente este capricho; ha hablado de él al cardenal de Retz, á Mr. de Turena, y á Mr. de la Rochefoucauld. ¡Mirad que personajes! He llorado amargamente, estoy profundamente afligida; no tendré un momento de reposo durante todo ese viage; veo todos sus peligros; estoy muerta; pero no he podido evitarlo, porque en semejantes ocasiones las madres no tenemos muchos votos en el capítulo.»

Quando se compara esta ligera mención de la partida de su hijo para una campaña en que

el heroico heredero de Sévigné iba á arrostrar el hierro, el fuego y la mar, sin grandes probabilidades de volver, con las explosiones de lágrimas, de ansiedad y desesperacion de la misma muger al emprender su hija el menor viage á provincia en un dia de lluvia, se tiene la medida del sentimiento de aquella madre para su hijo y su hija. Y sin embargo aquel hijo merecia mas de tal madre. Al partir para la isla de Creta habia dejado á Mad. de Sévigné su firma en blanco para consentir en todas las ventajas de fortuna que le conviniese hacer á su hermana en las estipulaciones matrimoniales que pudieran intervenir en su ausencia.

La hora deseada y temida que iba á separar á la hija de su madre sonó al fin. El conde de Grignan, teniente general del rey en Languedoc, caballero ilustre de provincia, de unos cuarenta años de edad, ya dos veces viudo, de instruccion mas sólida que vasta, de figura mas fea que atractiva, y de carácter mas ambicioso que seductor, casó el 29 de enero de 1669 con la señorita de Sévigné. La madre, al elegir á Mr. de Grignan con preferencia á un yerno mas jóven, cuyo corazón no hubiese llevado la huella de dos uniones y el luto de dos esposas, no tuvo indudablemente otro objeto que conservar á su hija en París. Lisonjébase que Mr. de Grignan, cortesano estimado del rey, cambiaría su plaza en Languedoc por otra en la corte, segun le habían prometido. La señorita de Sévigné cedió por obediencia y por cansancio de esperar mas que por inclinacion. Su tibieza natural no necesitaba de amor en el matrimonio; su madre la habia hartado de adoracion; todo fué conveniencia, cálculo y fria razon en el consentimiento que dió para aquel matrimonio. Véase con que astucia de instinto natural le oculta Mad. de Sévigné y se oculta á si misma todas las desigualdades en sus cartas á sus amigos.

«Es necesario que sepais que la mas linda muger de Francia, no el mas lindo mancebo, sino uno de los hombres mas honrados del reino. Todas sus mugeres han muerto para hacer lugar á mi hija, y hasta su padre y su hijo por una bondad extraordinaria; de suerte que siendo mas rico que jamás lo ha sido, y hallandose por otra parte, por su nacimiento, por sus matrimonios y por sus buenas cualidades, tal como podíamos desearlo, no lo regatearemos, como se acostumbra á hacer, y nos fiaremos de las dos familias que han pasado antes que nosotros. El público parece contento, y esto es mucho... El tiene bienes, excelentes cualidades, un destino, estimacion y consideracion en el mundo; ¿qué mas se necesita? Yo opino que hemos salido bien librados.»

Se ve por estas alusiones burlonas y casi crueles á la doble y feliz viudez de Mr. de Grignan, á la muerte complaciente de su padre y de su hijo único, que su alegría de haber hallado un marido segun sus designios triunfaba

hasta de la decencia de las espresiones; pero leyendo su correspondencia se percibe cada vez mas que el talento estaba en mayor proporcion que el sentimiento en su naturaleza, y que á escepcion de su hija todo era ligero á sus emociones.

XV.

Los primeros meses de matrimonio de madama de Grignan correspondieron en efecto á las esperanzas que habia tenido Mad. de Sévigné de no separarse jamás de su hija. Deslizáronse en aquel apacible retiro de Livry, que recordaba á Mad. de Sévigné sus mas hermosos dias de juventud, abrigando tambien los mas hermosos dias de su madurez. Todo lo que escribe de Livry, durante y despues de su estancia en él, respira la paz, la sombra y el recogimiento de aquellos bosques. Una sola amargura envenenó para ella tanta felicidad. Un caballo fogoso tiró á la vista de la jóven condesa de Grignan al hermano menor de su marido. Mad. de Grignan estaba en cinta, con el susto cayó al suelo desmayada y se lastimó. Esta sensibilidad muy natural ante la desgracia de un cuñado á quien ella amaba, fué interpretada por la calumnia como la prueba de una preferencia criminal de la condesa para el mas hermoso, el mas jóven y el mas amable de los Grignan. El mundo resonó con estas sospechas; los poetas las consignaron en sus epigramas; las mugeres, envidiosas de la hermosura y de la virtud de otra muger, las llevaron hasta los oídos del rey. Atacada Mad. de Sévigné en lo que tenia de mas vulnerable, la reputacion de su hija, se quejó al duque de la Rochefoucauld y al principe de Condé, que tomaron á su cargo confundir aquella calumnia; pero quedó la cicatriz en el corazón de Mad. de Sévigné, y su sentimiento contra los que habian propalado aquel rumor, no se amortiguó jamás. Este resentimiento, que procedia de su ternura, fué inagotable.

«Fuí á casa de Mad. de la Fayette, escribe á su hija; allí vino Mr. de la Rochefoucauld; no se habló mas que de tí, de la razon que yo tenia para estar afectada y del designio de hablar como corresponde á Mellusina (madama de Marais). Te respondo de que recibirá un buen tapaboca. D'Hacqueville sabrá darte buena cuenta de este negocio...»

«El asunto de Mellusina está en las manos de Langlade, despues de haber pasado por las manos de Mr. de la Rochefoucauld y D'Hacqueville. Te aseguro que está bien confundida y altamente despreciada por cuantos tienen el honor de conocerla.»

Una desgracia mas positiva la amenazaba. Aquel yerno á quien habia sacrificado tantas conveniencias con la única esperanza de tenerlo en París, no pudo conseguir un destino en la corte y fué nombrado teniente general del rey ó vice-gobernador de Provenza. Este cargo exigia que Mr. de Grignan residiese en su gobierno, y no poco trabajo costó á Mad. de Sévigné lograr de su yerno que dejase á su hija á su lado hasta que saliera del estado en que se hallaba. Mad. de Grignan dió á luz una hija que se llamó la señorita de Adhemar, la cual prometia los encantos de su madre y el talento de su abuela, pero que por ambiciones crueles de familia fué sepultada en la flor de su belleza en un monasterio.

Se ve mas adelante que Mad. de Sévigné no pudo conservar en el mundo aquella primera hija; pero salvó del claustro á Paulina, que fué despues Mad. de Simiane. Es necesario oirla á ella misma; es necesario ver como multiplica sus esfuerzos y sus insinuaciones:

«Tu querida (Maria Blanca, la señorita de Adhemar) me causa lástima al verla destinada á vivir en ese convento perdida para tí. Esperando una vocacion, no te atreverias á moverla por temor de que se disipara. Esa niña tiene un espíritu apocado y envidioso, muy á propósito para devorarse...»

«¡Pobre niña! que feliz sería si estuviese contenta. Asi será sin duda; pero ya me entiendes!»

Pocos años despues, con motivo de su segunda hija Paulina, escribió:

«Ata, ama á Paulina; date esta distraccion; no te martirices en privarte de esa niña, ¿qué temes? No dejarás de encerrarla en un convento dentro de algunos años cuando lo juzgues necesario. Gusta, gusta un poco el amor materno; no puede menos de ser delicioso cuando es una eleccion del corazón y esta eleccion recae sobre una criatura amable. Desde aqui veo á esa niña; se te parecerá bastante. Verdad es que esa nariz la afea un poco; pero ya se le arreglará, y yo te respondo de que Paulina será bella.»

«Se como reciben á Mr. de Grignan en Provenza. Le recomiendo á Paulina y le suplico que la defienda contra tu filosofia. No os priveis ambos de ese dulce recreo: ¡por ventura nos dan á escoger con tanta frecuencia los placeres? Cuando tenemos bajo nuestra mano algo de inocente y natural, creo que no debemos cometer la crueldad de privarnos de ello. Otra vez canto: ama, ama á Paulina, ama su incomparable gracia.»

«Pero hablemos de Paulina, la amable y linda criatura. Estoy admirada de que no se haya vuelto torfa y fisona en ese convento. ¡Ah! que bien has hecho en sacarla de él.»

«Guárdala, hija mía, no te prives de ese placer; la Providencia cuidará de ella. Te aconsejo que no dejes de amarla, cuando tengas que casarla en Bearn.»

«Dime si vas á separar á Paulina de tu lado; esa niña es un prodigio; su talento es su dote. Yo la llevaré siempre conmigo, será mi delicia y me guardaré muy bien de encerrarla en el convento con su hermana. En fin, como es extraordinaria, la trataré extraordinariamente.»

«Jamás te causará embarazo ni molestia esa niña; al contrario podrá serte útil; en fin, yo en tu lugar gozaría de ella y por nada de este mundo me daría el martirio de privarme de este consuelo.»

XVI.

Nos ha parecido necesaria esta digresión para demostrar la protesta del corazón de madama de Sévigné contra esa costumbre bárbara que sacrificaba las hijas á la fortuna del hijo. Volvamos á tomar el hilo de nuestra narración que dejamos interrumpida al separarse Mad. de Sévigné de Mad. de Grignan.

El estremecimiento de corazón de Madama de Sévigné al acercarse el instante en que tenía que entregar su hija á su yerno, se apoderó de ella al día siguiente del parto de Mad. de Grignan. El dolor la hace por primera vez elocuente; sus cartas á Mr. de Grignan no son ya conversaciones y anécdotas, sino súplicas y alegatos. Le disputa uno á uno las semanas, los días, las horas; todos los pretextos son razones para aplazar esa fatal partida; siente que le van á arrancar el alma y sufre la agonía de la separación. Estas cartas palpitan, que manan ó están atecidas como la piel. La puerilidad se hace en ellas patética; se agarra á todo como el que se ahoga, hasta á la lluvia que cae y al viento que sopla.

«Os confieso que el mal tiempo es la causa de que me oponga á su partida durante algunos días. No pretendo que evite el frío, ni los vientos, ni las molestias del viage; pero no quiero que se ahogue. Esta razón aunque muy fuerte no la retendría ahora á no ser por el coadjutor que marcha con ella y que está comprometida á casar á su prima d'Harcourt. Esta ceremonia se verifica en el Louvre. Mr. de Lyonne es el procurador; el rey le ha hablado.... Sería extraño que se marchase sola y tiene tanto gusto en ir con su cuñado que haré todos mis esfuerzos para que no se separen. Entretanto cesarán las lluvias; quiero decirles además que no siento el placer de tenerla ahora á mi lado; lo que ella hace aquí no consiste más que en cumplir con sus deberes y sus facenas domésticas; no tenemos dis-

tracción ninguna; nuestro corazón está siempre oprimido; no oímos hablar de otra cosa que de caminos, de lluvias y de las historias trágicas de los que se aventuran á viajar. En una palabra, aunque yo la amo, como sabeis, el estado en que nos hallamos ahora nos pesa y nos fastidia; estos últimos días no tienen nada de agradable. Os doy gracias por la lástima que os inspire; mejor que otro cualquiera podéis comprender lo que sufro y lo que voy á sufrir.»

Al día siguiente nuevo obstáculo.

«Las lluvias han sido y son todavía tan excesivas, que sería una locura esponerse; todos los ríos están desbordados, los caminos inundados y cubiertos de aguas todos los vados; en fin la cosa ha llegado al punto de que madama de Rochefort que se halla en su casa de campo, que está deseando volver á Paris, donde su marido y su madre la esperan con impaciencia increíble, no puede ponerse en camino, porque no hay seguridad; verdad es que este invierno ha sido espantoso; no ha helado un instante, pero ha llovido todos los días á torrentes como lluvias de tempestad; no pasa ya ningún barco por debajo de los puentes; los arcos del puente nuevo están casi cegados; en fin es una cosa extraordinaria.»

Al fin llega el día, se consume el adiós postrero; es necesario asistir dentro del corazón á esos duros momentos. No es posible formarse una idea de las angustias crueles que precedieron y siguieron á aquella separación. Aun no había llegado á las barreras de Paris el coche de la hija, cuando ya la madre se sienta para escribirla, esperando unirse á ella por lo menos con el pensamiento. Se ve también que medio sofoca sus sollozos para no hacerse demasiado importuna á la que ama. Esta primera carta después de la partida tiene el desorden de un alma en que el dolor, como en una estancia vacía, no ha arreglado todavía los vestigios esparcidos de una mudanza.

«¡Ay! mi dolor sería muy débil si pudiera pintártelo, así es que no emprenderé esta tarea. Por más que busco á mi hija no la hallo, y todos los pasos que da la alejan de mí.... He ido á la capilla de Santa María, llorando, casi moribunda, pues me parecía que me arrancaban el corazón y el alma; en efecto, ¡qué ruda separación! Pedí que me dejaran sola, me llevaron á la estancia de Mad. de Hous-suit, me encendieron lumbre, Inés me miraba sin hablar porque tal era nuestro convenio. Allí pasé hasta las cinco de la tarde sin dejar de sollozar; todos mis pensamientos me hacían daño. Escribí á Mr. de Grignan, ya puedes juzgar en qué tono; fui en seguida á casa de Mad. de la Fayette, que redobló mis dolores por el interés que se tomó por ellos; estaba sola y enferma y triste por la muerte de una hermana religiosa. Estaba como yo podía deseársela. Mr. de la Rochefoucaud vino á verla; no se habló más que de ti y de la razón que

me asistía para estar desconsolada... Los insomnios de la noche fueron crueles y por la mañana no había adelantado ni un paso para el reposo de mi espíritu. La tarde se pasó en casa de Mad. de la Troche y en el Arsenal. Por la noche recibí tu carta que me volvió á mis primeros trasportes...»

XVII.

Y este dolor se alimenta y renueva con todo lo que recuerda la hija á la madre. Un mes después, su casa, la escalera, la estancia donde se consumó el postrero adiós, vuelven á abrir por todos sus sentidos todas sus heridas.

«Te aseguro, hija mía, le escribí entonces, que pienso en ti continuamente, y conozco todos los días cuan exacto era lo que me decías; que es preciso no apoyarse en ciertos pensamientos; sino pasara por encima de ellos como sobre ascuas, estaría siempre llorando. No hay sitio en esta casa, que no me despedace el corazón. Tu habitación toda me mata; he hecho poner en medio de ella un biombo para interrumpir la vista; una ventana de esta altura por donde te vi subir al coche de Hacqueville y te llamé la última vez, me causa miedo, cuando considero lo capaz que me sentía entonces de arrojarle por ella, porque pierdo el juicio algunas veces. Este gabinete, donde le abracé sin saber lo que hacía; ese convento de capuchinos á donde iba á oír misa; estas lágrimas que caen de mis ojos al suelo como agua que se vierte; Santa María, Mad. de la Fayette, mi vuelta á esta casa, tu habitación, la noche, el día siguiente, y tu primera carta, y todas las demás, y todos los días y todas las conversaciones de los que entran en mis sentimientos, ese pobre de Hacqueville es el primero, no olvidaré jamás la lástima que tuvo de mí: he aquí pues el círculo en que me veo encerrada y de donde no acierto á salir; es necesario pasar corriendo sobre todo esto y tener mucho cuidado en no abandonarse á sus pensamientos y á los impulsos de su corazón; prefiero ocuparme en la vida que haces ahora. Esto me distrae, aunque sin alejarme de mi asunto y de mi objeto amado. Pienso, pues, en ti y deseo siempre tus cartas; cuando acabo de recibir una, quisiera tener ya otra. Ahora la espero, y continuaré esta carta cuando reciba noticias tuyas. Abuso de ti, querida mía; he querido anticipar hoy esta carta, porque mi corazón lo necesitaba: pero procuraré no hacer costumbre.»

XVIII.

Esta fijeza de mirada sobre el objeto desaparecido no se cansa y sigue á su hija en todo

el viage. Teme molestar y se esfuerza algunas veces por sonreír al través de las lágrimas. La menor muestra de ternura de su hija hacia ella la embriaga y le arranca un grito de alegría, una lisonja, una caricia; y quiere que le perdone su demasiado cariño aquella á quien molesta con tanto amor.

«Ya comprendes, hija mía, que por la manera con que escribes, es necesario que llore leyendo tu carta. Une á la ternura y á la inclinación natural que tengo por ti la pequeña circunstancia de estar persuadida de que me amas, y juzga del exceso de mis sentimientos. ¡Picarilla! ¿por qué me ocultas algunas veces tan preciosos tesoros? ¿Temes que me muera de alegría? Pero ¿no temes también que me muera de tristeza si creo ver lo contrario? ¡A tu amigo Hacqueville pongo por testigo del estado en que me ha visto otras veces! Pero desechemos estos tristes recuerdos, y déjame gozar de un bien sin el cual es para mí dura y desagradable la vida. Estas no son palabras, son verdades; Mad. de Guénégaud me escribe diciéndome de qué manera te ha visto por mí! Te suplico que conserves el fondo de esos sentimientos, pero nada de lágrimas, porque no te serán tan saludables como á mí. Ahora estoy bastante racional, me sostengo en caso de necesidad, y á veces paso cuatro ó cinco horas como cualquiera otro; pero la menor cosa me vuelve á sumergir en mi primer estado; un recuerdo, un lugar, una palabra, un pensamiento sobre lo pasado, tus cartas sobre todo, las mías también al escribirlas, alguno que me habla de ti, he aquí los escollos con que tropieza mi valor, y estos escollos abundan. Veo á Mad. de Villars, y me complazco en verla, porque participa de mis sentimientos; Mad. de la Fayette comprende también la ternura con que te amo y la conmueve la que tu me manifiestas. He visto á esa pobre madama Amyot, llora mucho, me reconozco en ella! ¡Ay! ¿De qué no me acuerdo? las cosas más insignificantes me son queridas!»

A contar desde esta separación comienza la verdadera obra de Mad. de Sévigné, la expansión de su vida comunicada en sus cartas á su hija. La correspondencia del talento es reemplazada por la del corazón; ella no tenía más que el genio del agrado; pero bajo sus lágrimas brilla el genio de la ternura, no vive ya sino para escribir á su hija, y á fin de que la dulce asiduidad de sus cartas, necesidad cotidiana de su amor, no se haga una fastidiosa molestia de ternura eternamente repetida bajo su pluma, rebusca y espiga donde quiera, en sus detalles domésticos, en sus conversaciones, en sus lecturas, en sus meditaciones, en la corte, en la ciudad, en el ejército, y hasta en los escándalos de su siglo, todo lo aprovecha, á fin de que la perdona su flujo de escribir. Se esfuerza por interesar y divertir, para que se le perdone su ternura. En esta fecha comienza también la historia epistolar del

siglo de Luis XIV; una muger oculta en la calle de *Tournelles*, ó en su retiro de las *Rocas* tiene sin saberlo la pluma de un secretario elegante de aquel reinado, al paso que Saint-Simon maneja la de Tácito de las cortes en la antecámara del delfín.

Singular destino de aquel reinado feliz en todo, haber sido escrito todo él en sus bastidores mas que en sus anales por una madre que trata de distraer á su hija y por un cortesano que se propone estigmatizar á sus rivales. Voltaire, en su *Historia del siglo de Luis XIV*, es menos histórico que sus dos ecos. Se puede afirmar que esta buena fortuna de haber tenido por analista involuntario á una madre tan entusiasta como Mad. de Sévigné y á un satírico tan apasionado como Saint-Simon, ha contribuido mucho al interés y á la fama de aquella gran época. La correspondencia privada de Mad. de Sévigné se convierte de pronto en crónica de España, donde en pocas líneas, en impresiones sucesivas, anécdotas, retratos, confidencias, medias palabras, reticencias, aplausos y murmullos, se ven pasar enteramente vivos los acontecimientos, los hombres, las mugeres, las glorias, el baldon y los dolores del siglo. En cada una de estas páginas hay un sello de la época que se ha hecho indeleble bajo la mano de aquella muger este es el cuadro de familia del siglo XVII, hallado bajo el polvo del castillo de Grignan para la última posteridad.

No se puede reducir, ni analizar, ni grabar semejante cuadro, es menester leerlo en rasgos esparcidos en dos mil cartas, y el pintor se confunde en él de tal modo con las figuras, que estudiando el siglo se contrae forzosamente amistad con el escritor, siendo imposible quitar del cuadro á Mad. de Sévigné sin rasgar el lienzo y sin que faltase el color mas vivo y la expresion mas natural á aquel reinado.

La ausencia de Mad. de Grignan no separó á la de Sévigné de su hija sino á la vista, pues jamás estuvo mas presente á su memoria y su corazón. Los intereses de Mr. de Grignan y su esposa, que constituían ya su único pensamiento, la hicieron mas ambiciosa que la había hecho la naturaleza, fijó su atencion en cuanto podia servir ó perjudicar en la corte á la fortuna de su yerno; se hizo el embajador perpétuo del nuevo gobernador de Provenza cerca de los hombres de quienes dependían aquella fortuna y aquella consideracion, en tanto que escribía admirables consejos políticos á Mr. de Grignan para enseñarle el modo de contemplar á los partidos, los intereses y las vanidades en Aix y Marsella; concurría mas que nunca á las sociedades influyentes de Paris para hacer valer sus servicios; cultivaba con asiduidad todas las amistades de la juventud para convertirlas en provecho de su hija. Hasta entonces había gozado con negligencia el placer de ser amada; ahora aspiraba voluntariamente á agradar. Sus gracias, sus complacencias, no eran ya casaa-

lidades, sino medios; su belleza siempre jóven, su conversacion siempre solicitada, su talento mas admirable, y su carácter mas dulce y cariñoso, habían llegado á ser la diplomacia de las dos familias. Nada despreciaba ya de cuanto podia hacer su nombre agradable al rey y á los favoritos. Su hijo, vuelto de la desgraciada campaña de Candia, necesitaba de favor para ascender en el ejército. Esta es tambien la época, en que comenzando la corte á adoptar la devocion española transmitida con la sangre de Felipe II por Ana de Austria á su hijo, sigue sin saberlo Mad. de Sévigné la corriente de ideas que conduce á la vez al cielo y al favor real; su vida adquiere el hábito, sus cartas toman el acento y sus pensamientos contraen bajo su ligereza superficial cierta noción de piedad fácil. Se puede creer que el dolor de vivir lejos del objeto único de su pasion la inclina tambien mas naturalmente hácia la fuente de los consuelos sobrenaturales. Es preciso sin embargo consignar para gloria suya que esta devocion, hecha en aquella época costumbre de corte, no fué en ella jamás trera adulación al partido dominante en el consejo de la conciencia del rey, pues continuó secretamente fiel á sus primeras amistades y á sus constantes veneraciones por los Arnauld, los rigoristas y los independentes del catolicismo; sus gemidos y ternuras por los solitarios perseguidos de *Port Royal* brotan en sus cartas con un acento de santa oposicion que absuelve de servilismo su devocion. Lea macho los *Ensayos de Nicole*, y persuadida grandemente este filósofo estóico que predicaba el desprecio á las cosas humanas.

«Yo sigo la *moral* de Nicole, que me parece deliciosa; todavia no me ha dado ninguna leccion contra la lluvia, pero la espero; por que en ella lo encuentro todo, y la conformidad á la voluntad de Dios podria bastarme, sino quisiera un remedio específico. En fin hallo este libro admirable; nadie ha escrito todavia como esos señores; pues yo incluyo tambien á Pascal en todo lo que es bello. Nos gusta tanto oír hablar de nosotros y de nuestros sentimientos, que aunque sea para mal, quedamos encantados. Yo he perdonado hasta la hinchazon del corazón en gracia de los demas, y sostengo que no hay otra palabra para explicar la vanidad y el orgullo, que son propiamente viento: buscad otra palabra; acabaré esta lectura con placer.»

«Leo á Mr. Nicole con un gozo que me arrebató; sobre todo estoy encantada del tercer tratado, de los medios de conservar la paz con los hombres; te ruego que lo leas con atencion y verás como en él se encuentran todos, filósofos, jansenistas, molinistas, en fin el mundo entero; lo que se llama buscar en el fondo del corazón con una linterna, esto es lo que él hace; nos describe lo que sentimos todos los dias, y no tenemos el talento

de deslindar, ó la sinceridad de confesar; en una palabra, jamás he visto escribir como esos señores.»

«Ya sabes que soy algo terca con mis lecturas. Las personas á quienes hablo tienen interés en que lea buenos libros. El de que se trata ahora es la *Moral de Nicole*; hay un tratado sobre los medios de conservar la paz entre los hombres que me encanta. Yo no he visto nunca nada mas útil y lleno de talento y de luces; si no lo has leído, haz por leerlo, no una, sino varias veces, con atencion; creo que todo el mundo se encuentra en él; en cuanto á mi estoy persuadida de que se ha hecho á medida de mi deseo y de mi intencion; espero tambien aprovecharme de él, y para ello haré todos los esfuerzos que pueda. Ya sabes que no puedo sufrir que los viejos digan: Soy demasiado viejo para corregirme; mas bien perdonaría á los jóvenes que digesen: Soy demasiado jóven. La juventud es tan amable que seria preciso adorarla, si el alma y el espíritu fuesen tan perfectos como el cuerpo; pero cuando ya no somos jóvenes, necesitamos perfeccionarnos y tratar de indemnizarnos con las buenas cualidades de lo que perdemos en punto á agrado. Hace mucho tiempo que he meditado sobre esto, y por esta razon quiero trabajar todos los dias por mi espíritu, por mi alma, por mi corazón, y por mis sentimientos. He aquí de lo que estoy llena, y con lo que lleno esta carta, á falta de otros asuntos.»

«He aquí las vueltas que da mi imaginacion á cada instante; siempre me parece que todo lo que amo, y es bueno para mí, se me va á escapar, y esto da tales angustias á mi corazón, que si fuesen continuas, como son vivas, no podria resistirlas; sobre esto es necesario hacer actos de resignacion á la orden y á la voluntad de Dios. ¿Y aun en esto mismo no es admirable Mr. Nicole? Confieso que estoy encantada, pues no he visto nada igual. Verdad es que es una perfeccion algo superior á la humanidad esa indiferencia que quiere de nosotros para la eslimacion ó desaprobacion del mundo; yo soy menos capaz que nadie de comprenderla; pero aunque en la ejecucion se encuentre uno débil, es sin embargo un placer meditar con él y reflexionar sobre la vanidad, la alegría ó la tristeza que recibimos de semejante humo, y á fuerza de hallar un razonamiento verdadero no seria imposible que nos sirviéramos de él en ciertas ocasiones. En una palabra, es siempre un tesoro tener tan buen espejo de las debilidades de nuestro corazón. Mr. Andilly está tan contento como nosotros de ese hermoso libro.»

«Bien puede suceder que el libro de Mr. Nicole no haga en mí tan buenos efectos como en Mr. de Grignan; tengo vínculos por todos lados; pero sobre todo tengo una no sé qué en

la médula de mis huesos; ¿y qué hará en esto Mr. Nicole? ¡Dios mio, yo sé admirarle; pero estoy lejos de poseer esa dichosa indiferencia que quiere inspirarnos.»

XIX.

Acusábase á su propia hija de sentir la elevacion de aquella moral sin tener la fuerza de privar á su corazón del afecto que lo llenaba. «¡Ay! mis palabras son muy buenas, yo las coloco como los que hablan bien; pero la ternura de mis sentimientos me mata; por ejemplo no he sido engañada por los dolores de la separacion; los he imaginado como los esperimento. He comprendido siempre que nada llenaria el vacío que has dejado; que tu recuerdo seria siempre sensible á mi corazón, que me fastidiaría con tu ausencia, y que dia y noche estaria ocupada en tí; si, todo esto me sucede como lo habia presentido, hay muchos sitios donde no tengo fuerzas para apoyarme; todo mi pensamiento pasa por encima de esto como sobre ascuas segun decias, y veo que es demasiado cierto para mí el proverbio de que *la ropa debe ser segun el frio*; yo no tengo ropa para este frio.»

Madama de Sévigné iba á buscar sus consuelos á los templos y sus recuerdos á Livry. «Hija mia, escribí algunos dias despues, hace tres horas que sali de Paris con el abate (de Coulanges), Elena (su camarera), Heberto (su ayuda de cámara) y Marfisa (su perra), con la intencion de retirarme del mundo y del ruido hasta el jueves por la noche. Pretendo estar en una soledad y hago de ella una Trappa; quiero orar á Dios, hacer mil reflexiones; he resuelto ayunar mucho por mil motivos; andar por todo el tiempo que he estado encerrada en mi cuarto y sobre todo fastidiarme por el amor de Dios; pero lo que yo haré mucho, mejor que todo eso, es pensar en tí, hija mia; no he cesado de hacerlo desde que he llegado, y no pudiendo continuar todos mis sentimientos, me he puesto á escribirte al fin de esta alameda sombría que tanto te gusta, sentada sobre este banco de musgo donde te he visto algunas veces acostada. Pero ¡Dios mio! ¿dónde no te he visto aquí? y de qué manera me atraviesan todos estos pensamientos el corazón! No hay sitio, no hay parage, ni en la casa, ni en la iglesia, ni en el país, ni en el jardín, donde no te haya visto.... Te veo todavia, estás presente para mí, pienso y vuelvo á pensar en tí; pero por mas vueltas que doy, por mas que busco á esa querida hija, á quien amo con tanta pasion, está á doscientas leguas de mí, y á esta consideracion Horro, sin poderlo remediar. Niña mia, conozco que esto es una debilidad, pero no acierto á ser fuerte con-

tra mi ternura, tan natural y justa. El estado en que este sitio me ha puesto es una cosa increíble. Te pido que no hables de mi debilidad; debes amar y respetar mis lágrimas que proceden de un corazón todo tuyo.

Si hubiese llorado tanto mis pecados, como he llorado por tí desde que estoy aquí, me hallaría muy bien dispuesta para celebrar mi pascua y mi jubileo. He pasado aquí el tiempo que había resuelto y de la manera que había previsto. Es cosa estraña una imaginación viva que representa todas las cosas como si fuesen todavía. Yo no sé donde salvarme de tí, nuestra casa de París me mata todos los días, y Livry me acaba. En cuanto á tí, solo por un esfuerzo de memoria piensas en mí, porque la Provenza no está obligada á presentarte mi imagen, como estos lugares lo están á presentarme la tuya. He hallado dulzura en la tristeza que aquí he sentido. Una gran soledad, un gran silencio, un oficio triste, tinieblas cantadas con devoción, un joven canónigo y una belleza en estos jardines de que estais encantada, todo me ha agradado. Yo no había estado jamás en Livry la Semana Santa.

¡Ay! ¡cuanto te he echado de menos! A pesar de lo enemiga que eres de la soledad, aquí habrías estado contenta.

«Pero me vuelvo á París por necesidad.»

XX.

La ausencia del rey de París, la fluctuación de su vida en el vacío y la necesidad de volver á pasar por las huellas de sus hermosos días de recogimiento con su hija, la llevan á las Rocas, al fondo de la Bretaña, durante la sesión de los estados de la provincia donde su hijo representaba á la nobleza. Allí es donde se evapora toda su ligereza y donde la soledad á que parecía no poder acostumbrarse la envuelve en la única felicidad que le queda, sus recuerdos y sus tristezas. La pérdida de la presencia de su hija la ha vuelto otra muger; sumérgese allí en toda la poesía de las lágrimas, bebe lo infinito del sentimiento y descubre esas deliciosas simpatías entre la naturaleza inanimada y el alma viva que han hecho despues el genio de Juan Jacobo Rousseau, de Bernardino de Saint-Pierre y de Chateaubriand, y las cuales eran misterios para los escritores de la corte puramente mundana de Luis XIV.

«En fin, hija mia, héme aquí en estas pobres Rocas; ¿se pueden ver estas alamedas, este gabinete, estos libros, esta alcoba sin morir de tristeza? Hay recuerdos agradables, pero los hay tan vivos y tan tiernos que apenas pueden soportarse. De este número son los que tengo de tí. ¿No comprendes bien el efecto que esto puede hacer en un corazón

como el mio?—A veces me asaltan en estos bosques pensamientos tan lúgubres que vuelvo mas cambiada que en un acceso de fiebre; allí medito todo lo que se puede meditar; tengo ocasion y tiempo para ello; tengo el campo libre en mi jardín para hacer lo que me agrada, y me agrada pasearme por él todas las tardes hasta las ocho; mi hijo no está aquí, y esto da lugar á un silencio, á una soledad y á un reposo que no creo se puedan encontrar en otra parte. No te digo en quién pienso, ni con que ternura. Cuando se adivina, no hay necesidad de hablar. Seguimos leyendo el Tasse y esa Moral de Nicolás que es admirable, y la Cleopatra de la señorita de Scudery en las horas perdidas: generalmente me duermo con esta lectura!»

«¡Ay! hija mia, prosigue en otra hora, ¡cuánto me he paseado por la Alegria de mi hija (nombre que había dado en la infancia de madama de Grignan á una calle de árboles donde gustaba á su hija meditar sola.) Vengo de ese paseo; verdaderamente esas alamedas tienen un encanto que no me causa; hay seis que no conoces; pero las que conoces se han embellecido porque han crecido muchos los árboles; está haciendo un tiempo hermoso y seco allí permanezco hasta muy cerca del anochecer; allí sobre todo tengo tiempo de amarte. Te doy gracias, hija mia, porque has conservado algún dulce recuerdo del patrio nido, ¿y por qué ha de ser imposible volverte á ver en estas hermosas alamedas?...»

Madama de Sévigné saca entonces de su alma para dar interés á las cartas que escribe á su hija todo lo que la vida del campo ofrece de dulces vicisitudes cotidianas, de detalles domésticos y distracciones familiares. Se la sigue en los paseos, en sus visitas á sus vecinos, en sus parterres, en sus noches de otoño junto al hogar, en sus lecturas, en sus bromas con su hijo, á quien no trata jamás seriamente; hasta en sus sentimientos de haber dejado su perra Marfisa en París y en sus remordimientos de haber adoptado y querer á otra.

«Te admiras de que tenga un perrito; hé aquí la aventura. Un día me dió la ocurrencia de llamar á una perra que corría y que pertenecía á una señora que vive al extremo de este parque. Madama de Tarento me dijo: ¡cómo llamas á un perro! quiero enviaros uno, es mas lindo del mundo. Le dí las gracias y le dije la resolución que había tomado de no ocuparme en semejantes tonterías; pero no obstante esta franca contestación á los dos días vi entrar un ayuda de cámara con una casita de perro toda llena de cintas y salir de esta casita un perrito todo perfumado, de estraordinaria belleza, lanas como seda, pequeño como silfide, y rubio como unas candelas; jamás me vi mas asombrada ni en mayor perplejidad. Quise devolverlo pero no consintieron admitirlo, y eso que la fámula que lo crió estuvo á punto de morir de dolor. Maria es la que

está mas enamorada del perrito; se lo lleva á dormir á su casa, y en la alcoba de Loandeur; no comé mas que pan; yo no hago demasiado caso de él; pero el pobrecito empieza á amarme y temo sucumbir. Hé aquí la historia que te ruego no cuentes á Marfisa, porque temo sus reconvencciones, por lo demas es de un aseo estraordinario; se llama Fiel; este es un nombre que los amantes de la princesa no han merecido llevar jamás; sin embargo han sido de muy buen carácter, ya te contaré algún día sus aventuras...»

«Lo que me dices de Fiel es muy chistoso. Es toda la conducta de una coqueta la que he observado. Verdad es que me avergüenzo y me justifico como has visto; porque es cierto que aspiraba á la obra maestra de no haber querido mas que á un perro, á pesar las máximas de Mr. de la Rochefoucauld, y me veo en un conflicto con Marfisa, porque no sé qué excusa darle, esto me arrastra insensiblemente á las mentiras; por lo menos le contaré todas las circunstancias de mi nuevo compromiso. En fin, es un embarazo en que he resuelto no volver á meterme jamás: es un gran ejemplo de la miseria humana. Esta desgracia me ha sucedido por la vecindad de Vitré.»

XXI.

La ligereza, los amores y los arrepentimientos de su hijo son el testo habitual de sus confidencias á su hija; pero él no es mas que el objeto de su jovialidad que lo sacrifica sin cesar á la sonrisa de su hermana.

«Cuando antes de ayer acababa de pasearme, hallé al final de la alameda al frater, que se postró de hinojos en cuanto me vió, reconociéndose tan culpable por haber estado tres semanas debajo de tierra cantando á maitines, que creía no poder acercarse á mí de otra manera. Aunque había resuelto reírle, no supe donde hallar un poco de cólera, ni aun pude disimular el gusto de verle. Ya sabes qué divertido es; me abrazó mil veces; me dió las peores razones del mundo, que tomé por buenas. Hablamos mucho, leemos, nos paseamos y concluiremos así el año, es decir, el resto.»

Sin embargo amenizó su soledad con visitas á los señores de Chaulnes; es preciso leer aquellas triunfantes descripciones de los Estados, en que se siente trasportado á plena Bretaña del siglo XVII.

Junio 1671. «No sé todavía, escribe á su hija, lo que me harán los Estados; creo que huiré de miedo de verme arruinada. Es magnífica cosa ir á gastar mil escudos en fricasés y en comidas por el honor de ser la casa de recreo del caballero Chaulnes y su esposa,

de madama de Rohan, de Mr. de Lavardin y de toda la Bretaña, que sin conocerme, por el placer de remedar á los demas, no dejarán de venir aquí. Veremos.»

«Fui á comer el lunes á casa de Mr. de Chaulnes, que hace celebrar los Estados dos veces al día, por temor de que vengan á verme. No me atrevo á decirte los honores que me hacen en esos Estados; esto es ridiculo. Sin embargo todavía no me he acostado, y no puedo dejar mis bosques ni mis paseos por mas que me lo ruegan.»

Agosto 1671. «En fin, querida mia, héme ya en plenos Estados, sin lo cual los Estados estarían en plenas Rocas. El domingo pasado, apenas había concluido de cerrar mis cartas, vi entrar cuatro carrozas de seis caballos en mi patio, con cincuenta guardias á caballo, muchos caballos ensillados y muchos jueces á caballo. Eran los señores de Chaulnes, Rohan, Lavardin, Coetlogon, Locmarie, los barones de Guais, los obispos de Rennes, de Saint-Malo, los de Argouges y ocho ó diez que no conozco; olvido á Mr. de Haronis, que no vale la pena de ser nombrado. Recibo todo esto; se dicen y se contestan muchas cosas. Despues de un paseo en que se manifestaron muy contentos, salió del extremo de una calle de árboles una colación muy buena y elegante, y sobre todo vino de Borgoña que pasó como el agua de Forges, creyendo todos que esto se había hecho al golpe de una varita mágica. Mr. de Chaulnes me hizo mil instancias para que pasara á Vitré. Fui, pues, el lunes por la tarde; Mr. de Chaulnes me dió de cenar con la comedia de Tartuffe, no muy mal representada y un baile en que el paspie y el minué por poco me hacen llorar, porque te presentaban tan vivamente á mi memoria que no podía resistir; necesito distraerme. Me hablan de tí con frecuencia y no tardo en hallar mis respuestas, porque pienso en ellas al instante y se me figura siempre que ven mis pensamientos al través de mi corpiño. Ayer recibí á toda la Bretaña en mi torre de Sévigné. Asistí también á la comedia; era Andrómaca, que me hizo derramar mas de seis lágrimas, lo que es bastante para una compañía de la legua...»

«Ya quedas bien enterada, á Dios gracias, de tu buen país.»

«Si me preguntas cómo me hallo en las Rocas despues de tanto ruido, te diré que estoy trasportada de alegría y que pasaré aquí por lo menos ocho días, á pesar de cuanto hagan para obligarme á volver. No te puedes figurar hasta qué punto tengo necesidad de reposo; necesito dormir, necesito comer, porque me muero de hambre en estos festines; necesito refrescarme; necesito callar; todo el mundo me atacaba y mi pulmon se iban gastando demasiado. En fin, hija mia, he encontrado á mi abate, mi perra, mi alameda favorita, mis albañiles, todo esto me parece únicamente lo bueno en el estado en que me hallo quan-

do comience á fastidiarme, abandonaré este sitio.

XXII.

Vuelta á París, estas cartas cambian de asuntos, y toman otra vez el tono grave con tanta facilidad como habian descendido al tono jovial y burlesco. Allí, es la corte con sus vicisitudes de favor y desfavor; es el juicio mas ó menos acertado sobre los grandes poetas y los grandes oradores sagrados del dia, es la lucha entre la fé y la filosofia, lucha en la que la madre se inclina á la fé pasiva y ciega, y la hija á la religion independiente y razonada; era la discusion que una y otra sostenian sobre sus predilecciones literarias, sus reflexiones sobre los libros leídos á la misma hora en Livry ó en Grignan. Madama de Sévigné toma partido por su madre y da á su hermano bromas, llenas de agrado esquisito y buen gusto.

«¡Ah! ¡pobre espíritu! esclama él, no amas á Homero. Las obras mas perfectas te parecen dignas de desprecio, las bellezas naturales no te conmueven, necesitas el oropel y los corrusculos (alusión á Descartes, autor de que hacia su principal estudio madama de Grignan). Si quieres tener algun descanso conmigo, no leas á Virgilio, porque no te perdonaria jamás las injurias que pudieras decirle. Con todo, si quieres hacerte explicar el libro sexto y el noveno donde está la aventura de Nisus y de Euryalus, y el once y doce estoy seguro de que te agradarán: Turnus te parecerá digno de tu estimacion y de tu amistad; en una palabra, como te conozco, temeria mucho por Mr. de Grignan que semejante personaje arribase á la Provenza; pero yo que soy buen hermano, deseo con todo mi corazón que te acontezca tal aventura, porque si está escrito que has de perder la chaveta, vale mas que sea por esto, que por la indefectibilidad de la materia y por las negaciones no convertibles (doctrina cartesiana). Es triste no ocuparse mas que en átomos y razonamientos tan sutiles que no se pueden coger.

Suceda lo que quiera, te aseguro que mi agradecimiento y mi ternura serán siempre los mismos para ti, querida hermanita mia»

Corneille, la Fontaine, Bourdaloue, Bossnet, Fenelon, el Ariosto, el Tasso, Petrarca, Montaigne, Boileau, Don Quijote, el Koran, Nicolás, Pascal, y Moliere eran sus favoritos; ella no presentia la grandeza de Racine, disimulada bajo la uniforme perfeccion del estilo, en el poeta jóven todavia que acaba de eclipsar sus antiguas admiraciones. Por otra parte, Racine, enamorado entonces de la Champmelé, actriz y hermosa célebre, era el dichoso rival del baron su hijo, prendado de la misma cómica y que le prodigaba su corazón y su fortuna. Las pre-

visiones de madama de Sévigné contra Racine eran una antipatia de familia. En todo lo demas, su juicio sano era el precursor de el de la posteridad. Aunque habia tomado su partido contra los jesuitas y no obstante su buen humor para con los jansenistas, no dejaba de proclamar á Bossnet y Bourdaloue, como los maestros de la cátedra sagrada, ni de estasiarse con sus sermones. Su devocion sin embargo, conforme en esto á los demas sentimientos de su alma, lo sacrificaba todo á su única pasión por su hija; era mas bien una ciencia que una inspiracion, mas un deber de su vida que un impulso de su alma. La fé aprendida formaba su fondo; para nada entraba la piedad tierna, creia mas que adoraba. «Acabo, dice, de clasificar mi pequeña biblioteca en una mañana. He traído aquí unos cuantos libros; hoy los he colocado; no se echa la mano á uno sin que se sienta el deseo de leerlo todo; los de devocion ocupan una tabla entera. ¡Buen Dios! ¡Qué punto de vista para honrar nuestra religion! La otra tabla es toda de historia admirable la otra de moral, la otra de poetas y de memorias; las novelas han sido despreciadas y relegadas á los armarios pequeños. Cuando entro en este gabinete, no comprendo como me atrevo á salir de él. Seria digno de ti, hija mia!»

XXIII.

Las mas altas cuestiones de metafísica sagrada se deslizan entonces bajo su pluma con la misma flexibilidad de movimiento que los juguetes de su imaginacion. Moderándolas con su sentido esquisito sostiene las teorías sobre la gracia y sobre la acción de Dios en las criaturas, especie de fatalidad cristiana de sus amigos de Port-Royal. Una muger, simple discipula, corrige, explicándolos, á los apóstoles.

«¿Con que lees á San Pablo y San Agustín? He ahí unos buenos obreros para restablecer la soberana voluntad de Dios; no tienen reparo en decir que Dios dispone de sus criaturas. Como el alfarero, las escoge y las desecha; no se andan en contemplaciones para salvar á la justicia, porque no hay otra justicia que su voluntad; es la justicia misma, es la regla, y despues de todo ¿qué debe á los hombres? ¿Qué les pertenece? Nada absolutamente. Les hace pues justicia cuando los deja á causa del pecado original, que es el fundamento de todo, y dispensa un acto de misericordia al corto número de los que salva por su hijo. Jesucristo mismo lo dice:

«Conozco á mis ovejas, yo mismo las llevaré á apacentar; no perderé á ninguna, las conozco y ellas me conocen. Os he escogido,

dice á sus apóstoles; no habeis sido vosotros los que me habeis escogido á mí.»

«Encuentro mil pasajes en este tono, los entiendo todos y cuando veo lo contrario, digo: Esto es lo que han querido hallar comunmente, como cuando se dice que Dios está arrepentido, que está furioso, así hablan á los hombres, y yo me atengo á esa primera gran verdad, que es toda divina, que me representa á Dios como Dios, como un Señor, como un Soberano Creador y autor del universo, y como un ser en fin perfectísimo, según la expresión de tu padre (Descartes). He aquí mis humildes pensamientos respetuosos de que no saco consecuencias ridículas y que no quitan la esperanza de ser del número escogido despues de tantas gracias que son las preocupaciones y los fundamentos de esta confianza. Me repugna hablarte de todo esto, ¿por qué me hablas á mí? ¡Mi pluma corre como una loca!»

De estas sublimidades de la metafísica pasa á las bromas mas chistosas y menos maternales sobre los amores de su hijo que entrega á la risa algo amarga de su hermana. Por una fatalidad hereditaria contra el corazón de los Sévigné, esa misma Ninon de Lenelos, que habia robado á los veinte años á Mad. de Sévigné el amor de su marido, le robaba á los cincuenta y cuatro años el corazón de su hijo. La flor de la belleza sobrevivía á los años en aquella cortesana. La fama que gozaba como muger de talento, de buen gusto y de filosofía, y la cual crecia con el número de sus adoradores, era un nuevo motivo de seducción para Sévigné. Ninon, mas que atractivo, era ya moda, y no habia quien no se envaneciera de dejarse esclavizar por sus encantos. Los hombres mas ilustres por el talento y aun algunos de los mas austeros por sus principios, no se desdeñaban de frecuentar su casa. Se ve por las quejas de Mad. de Sévigné á su hija que Racine y Boileau cenaban en casa de Ninon á espensas de su hijo, despues de haberleido por la mañana sus versos al rey y á madama de Maintenon.

Esta doble seducción en la misma familia á treinta años de distancia volvió á abrir la herida en el corazón de Mad. de Sévigné; se sublevó contra Ninon y se esforzó por avergonzar á su hijo de una pasión tan contraria á la naturaleza.

«Pero ¡qué peligrosa es esa Ninon! escribe á su hija, si supieras como dogmatiza sobre la religion, te horrorizarías. Su celo para pervertir á los jóvenes es igual á un tal Mr. de Saint-Germain, que hemos visto algunas veces en Livry. Se le figura que tu hermano tiene la sencillez de una paloma: se parece á su madre: Mad. de Grignan es la que tiene toda la sal de la casa y no es tan tonta en aparecer con esa docilidad. Alguno pensó tomar tu defensa y quiso quitarle la estimacion que ella te profesa, pero le hizo callar y dijo

que sabia mas que él. ¡Qué corrupcion! ¿Cómo? ¿por que le pareces bella y de talento, quiere juntar á esto esa buena cualidad, sin la cual, según sus máximas, no puede ser perfecta? Estoy vivamente afectada del mal que ha hecho á mi hijo sobre este capítulo. No le digas nada: Mad. de la Fayette y yo hacemos nuestros esfuerzos para desembarazarle de un compromiso tan peligroso!

Mas adelante añade:

«Creo que el capítulo de tu hermano te ha divertido mucho. Ahora disfruta de algun reposo: sin embargo ve á Ninon todos los dias, pero es como amigo. Le llevo á Bretaña, donde espero que le haré recobrar la salud del alma y del cuerpo.»

La ausencia, las tiernas reconvenções de su madre, mas confidente de sus desórdenes que hoy consentiría la decencia maternal y en fin la guerra, arrancaron á Sévigné del amor de Ninon. Mad. de Sévigné le condujo á Bretaña y distrajo sus pesares con sus conversaciones y sus indulgencias.

XXIV.

Mad. de Sévigné fué en seguida á pasar quince meses en Provenza al lado de Mad. de Grignan, y reconquistó todos los corazones enajenados por la frialdad de su hijo.

«Hace ocho meses que estoy aquí, mi querido primo, escribe á Bussy. Ya os dije el valor que habia tenido para venir de Bretaña; no me he arrepentido. Mi hija es amable, como sabeis, y me ama extraordinariamente. Mr. de Grignan tiene todas las cualidades que hacen agradable la sociedad. Su casa de campo es bellísima y magnífica. Aquí se vive bien, se cria carne y se ven mil personas. Hemos pasado el invierno sin otro pesar que tener al amo de casa enfermo de una fiebre de que á duras penas ha podido sacarle la quina, con ser quina. Al fin está curado. Ha hecho un viaje á Aix, donde han tenido mucho gusto en volver á verle. Por otro lado mi hijo ha venido tambien de Bretaña á tomar las aguas de este pais, donde la buena compañía, que aumenta mucho con su presencia, le hace mas provecho que cualquiera otro remedio. Estamos pues aquí todos juntos. Hay una señorita de Grignan que no conocéis, que ocupa muy bien su lugar. Tiene diez y seis años, es bonita y no le falta talento; pero ya le daremos mas. Todo este conjunto es muy bueno, demasiado bueno; porque veo que los dias se marchan con demasiada rapidez, y los meses y los años, sin que pueda retenerlos. El tiempo vuela y me arrastra apesar mio; he querido retenerle, y él es el que me lleva consigo, y este pensamiento me infun-